

de los escamoteadores, tan pronto aparecen en sus versos, no exentos de ironía, lo real y lo imaginario, con sus estados de alma. Con mucho del tono sencillo, alegre, claro y primaveral del ecuménico Juan Ramón Jiménez, Barrenechea reaccionó contra la poesía estridente y aturdidora que pretendieron imponer algunos contemporáneos suyos.

Desde los primeros hasta los últimos poemas, Julio impone un nuevo estilo, claro, límpido, candoroso, apacible pero chispeante y de un romanticismo nuevo y singular, sin caer en el amaneramiento, ni en la dulzaina quejumbrosa; todo cuanto toca el numen tenue y grácil, diáfano y risueño del poeta, se enriquece y cobra inusitada alegría.

Es imposible enumerar aquí los títulos de los mejores poemas o citar algunos, porque sería necesario transcribir las sesenta y más poesías de esta ya muy bien escogida selección.

En el Alud cogido, de LUIS DROGUETT ALFARO,
Santiago de Chile, 1961

Luis Droguett Alfaro ha recogido, en estas páginas breves e iluminadas, aquello que se desborda con ímpetu de su refinado espíritu poético. El está siempre "con el cuenco dispuesto a su vagido pleno, con el pulso lento, rápido, vertiginoso, en una eterna transmutación de flor a fruto; de piedra a umbral de la mansión soberana de los amados".

En cada una de estas prosas, que llamaría medulares, si no temiera repetir el hermoso título de un libro de Antonio José Restrepo, hay mucha hondura filosófica y una suave musicalidad poética que dejan entrever al artista y pensador con el cuenco repleto de polen o savia, de luz y líquido penetrante, purificándose y "uniendo el llanto a la risa". En este libro, que tiene reminiscencias clásicas y cuyo estilo está emparentado con el de San Juan de la Cruz o de fray Luis de León, se divisa al hombre íntegro que dice lo que siente con "esa fuerza de los frutos a la espera de la mano ansiosa"; Droguett manifiesta lo que "lleva adentro como un ángel cuyo paraíso fuera un destello al borde de nuestra palabra". El autor quiere lanzar el alud con ímpetu, quiere gritar lo que piensa, "con esa necesidad de los niños para construir el círculo mágico de las horas: la fogata al atardecer en otoños tibios".

En el *Alud cogido* no hay estridencias de forma, la prosa, plena de armonía y riqueza de lenguaje, está ennoblecida por la espontaneidad y la delicadeza de los temas que son verdaderos motivos musicales.

De este conjunto de bellos poemas en prosa despréndese que los jóvenes pueden escribir con hondura y claridad y hacerse leer por gente de todas las épocas.

<https://doi.org/10.29393/At392-73MAFA10073>

La Monja Alférez, de SARA JARPA GANA DE LAZO

La señora Sara Jarpa Gana de Lazo pertenece a una familia de escritores que cuenta con personajes tan célebres como el Padre Francisco de Paula López y Villaseñor, Alberto Blest Gana, Federico Gana y otros, y es la esposa del autor de "Los Cuentos militares", don Olegario Lazo Baeza. Felizmente, la señora Jarpa se ha contagiado y alterna sus nobles deberes de esposa y madre ejemplar con el ejercicio de la pluma. Don Olegario y doña Sara tie-

nen también varios hijos escritores y de calidad, con lo cual el cuadro se completa y aparece ante nuestra vista el espectáculo raro en Chile de un hogar donde padres e hijos cultivan las letras en lugar de dedicarse a otros pasatiempos fútiles.

La señora Jarpa comenzó su labor literaria con la biografía de "El Prisionero de Schoenbrunn, Napoleón II, Rey de Roma"; tema original que ella trabajó con amor y ternura muy femeninos y entregó una obra que, por ser la vida de un personaje ignorado y curioso y escrita en forma tan inteligente y plástica, aseméjase a una novela.

No ha mucho la señora Sara Jarpa Gana de Lazo ha escrito "La Monja Alférez" o doña Catalina Erauso, en cuyas páginas cuenta la vida apasionante, casi legendaria, de una mujer española que se hizo monja dominica y, en seguida, abandonó el claustro para salir a la aventura disfrazada de hombre: se embarcó rumbo a México donde, en un lance de amor, dio muerte a dos muchachos, escapó de la prisión y partió hacia el Perú, estuvo en Lima y poco después en Charcas y allí incorporóse en el Ejército y estuvo mezclada en mil aventuras. Dejó la milicia, volvió al Bajo Perú y en Callao entró como marinerero en un barco de la Armada española. En el vecino país encontró a tres hermanos suyos, a quienes no se dio a conocer sino por el nombre supuesto de Alfonso Díaz Ramírez de Guzmán. El "sueño dorado de la monja" era pelear en la guerra de Arauco; en Lima "fue contratada como soldado raso". Aquí, en Chile, halló a su hermano Miguel, que era capitán y ante él debió presentarse, pero ella no se inmutó: poseía un carácter firme y era de temperamento frío. Estuvo en el Fuerte de Paicaví, mandó soldados y peleó heroicamente con su espada en alto y, dando gritos de ¡Viva España! ¡Viva el Rey!, espoleó furiosamente su brioso caballo y atropelló a quien se le interpuso. Así, con ojos relampagueantes de ira, dio alcance a los enemigos. Tras ella iba un grupo de soldados españoles. Con una certera estocada, Catalina atravesó el pecho del cacique, logrando recuperar la bandera patria. Recibió ella una herida en el hombro, pero no le dio importancia. Por esa acción se le otorgó el grado de alférez. Después actuó en otra hazaña con grande arrojo y temeridad.

Finalmente, desengañada, porque no se le reconoció su heroísmo, muy triste salió de Chile hacia Argentina y después se dirigió de nuevo al Perú, donde cayó enferma y, al confesarse, declaró al obispo que no era hombre. Regresó a España y de allí volvió a México, donde contrajo matrimonio, riñó más tarde con su marido y, en una ocasión que le vio atacado, fue en su defensa, pero al final del lance volvió su espada a la vaina y dijo a su esposo: "Señor hidalgo, tal como antes".

Murió en México, cerca de Orizaba, en esas tierras calientes, en 1650. El obispo de Puebla, Palafox, hizo grabar en su tumba este epitafio: "Aquí yace una mujer valerosa y cristiana".

La autora, con pluma ágil y desenvuelta, presenta un esbozo de la Monja Alférez, al cual sólo podría reprochársele su excesiva brevedad. El personaje merece una biografía hecha por una pluma tan brillante como la de doña Sara Jarpa Gana de Lazo.

Un violín en la calle, de MARÍA VIANCOS DE JARA, 1960

En Chile se han escrito muy pocas novelas históricas y tal vez hasta el año pasado la única de algún valer era "Durante la Reconquista", del inimitable